

# APUNTE SOBRE PSICOANÁLISIS Y POLÍTICA. DE LA IMPOTENCIA A LA IMPOSIBILIDAD

*Note on Psychoanalysis and Politics. From Impotence to Impossibility*

JOSÉ ENRIQUE EMA\*  
[je.emalopez@gmail.com](mailto:je.emalopez@gmail.com)

Desde muy diferentes perspectivas críticas se ha destacado la relevancia política de la subjetividad: como condición, efecto o destino de las prácticas de poder (de sujeción) y como palanca para su transformación. El psicoanálisis, especialmente en su lectura (materialista) lacaniana, ha mantenido los ojos bien abiertos en ambas direcciones. Por una parte, ha realizado las críticas más radicales a una noción humanista de sujeto transparente y dueño de sí mismo al mostrar cómo éste está también condicionado por procesos que no son gobernados por elecciones racionales; pero, a la vez, no ha renunciado a la posibilidad de considerar la subjetividad como un resorte de transformación al reconocer en ella la capacidad de hacerse cargo en alguna medida de sus condicionantes para que no se conviertan en destino.

Abiertos a esta ambivalencia, presentamos algunas posibles aportaciones del psicoanálisis para pensar la política emancipatoria. Para ello proponemos un camino arriesgado. En vez de una panorámica introductoria más o menos global, traemos un breve apunte sobre un presupuesto concreto de su práctica clínica con la intención de que pueda servir como ejemplo de una lógica que desborda su contexto particular y que nos permite pensar sobre la política de nuestro tiempo a través de la noción de politización.

Nos interesa evitar la posibilidad de situar al psicoanálisis únicamente en el papel de un aguafiestas crítico y pesimista que señala los límites de la política a partir de algunas claves subjetivas que no serían tenidas en cuenta suficientemente. Sin duda hay que tomar buena nota de algunas malas noticias que el psicoanálisis trae a la política. Algunas de estas son bien conocidas. Parten de la consideración de que no hay relaciones de poder sin complicidad del sujeto, y de la sospecha sobre

---

\* Universidad de Castilla La Mancha. Talavera de la Reina.

todo aquello que pueda suponer una ocultación ingenua e idealista de la imposibilidad de encontrar una ley, un saber definitivo sobre nuestra manera de conducirnos en la vida o un fundamento sólido (histórico, biológico...) para nuestras prácticas políticas (una supuesta naturaleza que hemos de expresar, un mandato divino que hay que seguir, etc.). Así, si no se atendiera de manera realista a los vericuetos de la subjetividad la política podría convertirse en una práctica sostenida únicamente por ideales imaginarios que finalmente no nos permitirían transformar nuestras condiciones de vida. Por ello desde el psicoanálisis se ha interpelado a la política realizándole algunas advertencias sobre:

- La afirmación de propuestas o condiciones universales, porque no hay universal que no se constituya sin excepción y, por tanto, sin procesos de exclusión. De este modo, si sostuviéramos imaginariamente una aspiración universalista total y sin exclusiones (como consenso, armonía o reconciliación final de la sociedad) reintroduciríamos exclusiones más rotundas (que no son ni siquiera pensables dentro de ese orden que sostuviera la inclusión de todos).

- Además, una noción totalizante de universal podría remitir a un “para todos lo mismo” que promovería la extensión de identificaciones que homogenizan y clausuran la singularidad subjetiva, y en general la diferencia como condición inerradicable de la existencia humana. Esta clausura de la diferencia está también presente como posibilidad latente en los procesos colectivos con sus correspondientes identificaciones, que, a la vez que procuran cohesión a los grupos, pueden cancelar la singularidad y la responsabilidad subjetiva, por ejemplo, en los fenómenos colectivos de “masas”.

- La promoción de una ruptura externa con los amos que nos oprimen, aspirando a liberarnos de ellos como si fuéramos “almas bellas” que lograríamos vivir en plenitud sin esa opresión que causa desde fuera nuestros males. De este modo se desatenderían los procesos subjetivos, las servidumbres voluntarias que nos hacen cómplices del propio poder que nos oprime (el deseo no es independiente de la ley, hay satisfacción también en la sujeción a los mandatos normativos, en la culpa, etc.).

Sin duda hay que tomar buena nota de todo esto para no deslizarnos hacia una cancelación totalizante/totalitaria o ingenua de la política. Pero estas precauciones necesarias hoy en día pueden funcionar muy bien engrasadas con una serie de críticas aparentemente antitotalitarias que, en realidad, funcionan también como coartada ideológica antiemancipatoria, cuando no abiertamente elitistas y finalmente

antipolíticas (denigrando las identificaciones populares, los movimientos de masas, y, en general, las propuestas políticas que cuestionan el orden dominante). Desde esta posición se propone finalmente una totalización de la impotencia: no hay nada que hacer, solo nos corresponde aceptar la situación establecida como el único horizonte de lo posible y, dentro de él, “hacer lo que toca”.

¿Es este el destino inevitable de la política en nuestro tiempo: resignarnos a la totalización de la impotencia? No, no creemos que sea así. Por eso es conveniente, y posible, pensar con el psicoanálisis, no solo sobre los riesgos de la política, sino también sobre la viabilidad de una política que sin cancelar la imposibilidad constitutiva de la vida en común (no vamos a alcanzar una sociedad ideal, sin conflictos, armoniosa) no renuncie a la apuesta por una transformación emancipadora.

La propuesta del psicoanálisis es, en este sentido, estrictamente opuesta a la promoción de la impotencia. Lejos de toda concepción adaptativa, precisamente lo que se pone en juego en su práctica clínica no es tanto el despliegue o el aprendizaje de un saber técnico sobre uno mismo, sino la posibilidad de sostener una posición subjetiva en la que la vida aparezca como posibilidad por construir, sin garantías pero también sin ingenuidades, haciéndose cargo de las limitaciones de nuestra condición finita que en cada sujeto toman forma de un modo singular e intransferible.

Por eso quizá su aportación más relevante para la política pase por esa suerte de politización de la ética que el psicoanálisis nos propone en su práctica clínica: no podemos encontrar un programa de normas éticas que pueda sustraernos de una toma de postura subjetiva sin garantías. No podemos delegar en ninguna norma, nos toca inventar sus consecuencias en la práctica. Esta mirada ético-política nos permite tener en cuenta para la política algo más que malas noticias.

## 1 LA POLITIZACIÓN: DE LA IMPOTENCIA A LA IMPOSIBILIDAD

Lacan se refirió a la clínica psicoanalítica como una práctica orientada a pasar de la impotencia a la imposibilidad. En esta fórmula lo que aparece en el lugar donde se espera a la potencia tiene que ver con encontrar una forma de hacer con lo imposible constitutivo de la vida de cada sujeto, con aquello que no encaja y no puede desaparecer definitivamente. Por eso el psicoanálisis, aunque alivie, no cura, si entendemos por curar solucionar un problema erradicando sus causas profundas, precisamente porque en el origen de los malestares siempre hay un imposible,

algo incurable. Pero sí puede facilitar que el sujeto se maneje mejor con ello (con menos sufrimiento e impotencia) inventando una fórmula personal e intransferible que no puede ser una receta escrita por o para otros. Así, la impotencia es desplazada por un saber hacer en la práctica con lo imposible, sin cancelarlo o taparlo bajo ninguna solución final.

¿Qué significaría pasar de la impotencia a la imposibilidad en la política? Podría tratarse de desplazar la impotencia hacia la construcción de un modo de hacer que permita manejarnos mejor con lo incurable de la vida en común. La cuestión clave en este punto sería clarificar qué entendemos por mejor. Recurrimos también la clínica para pensar esta cuestión a partir de dos ideas.

La primera. El papel del/a psicoanalista no pasa por enseñar o imponer la solución que considera a priori mejor para el/la analizante porque precisamente la mejor solución es la que este/a es capaz de construir haciéndose responsable de ella y con ella. En política, podríamos considerar que la mejor solución sería aquella que potenciara la posibilidad de construir colectivamente buenas soluciones, es decir, la que abriera la posibilidad de construir en común otras formas de vivir juntos haciéndonos más capaces de manejarnos con la ausencia de una solución definitiva, más capaces de inventar soluciones inacabadas e inacabables. La mejor política aspiraría entonces a ¡hacer posible que siga habiendo política!

La segunda. Unos años antes de la formulación del paso de la impotencia a la imposibilidad, Lacan pensaba el psicoanálisis como un proceso en el que el sujeto aprende algo sobre el funcionamiento de su deseo. Y lo que aprende no es tanto cuál es la meta de su deseo, sino más bien qué es lo que lo moviliza, qué es lo que lo provoca y causa. A partir de ello el sujeto puede construir una manera de hacer que esté a la altura de la causa de su deseo. Esta manera estaría anclada de manera realista y singular en las condiciones particulares y concretas del deseo de ese sujeto; pero también supone una apuesta por construir y sostener nuevas posibilidades, ya que reconocer la propia causa del deseo no proporciona inmediatamente una solución, un saber, una fórmula o un programa sobre cómo ser consecuente con ella, sobre cuál debe ser su meta. Y por eso, para que el sujeto pueda perseverar en su deseo (sorteando la impotencia), debe ser capaz de sostener la imposibilidad de encontrar una meta que lo apacigüe definitivamente.

En relación a la política esta cuestión resulta clave para evitar una lectura relativista de la producción de posibilidades (como si cualquier nueva posibilidad fuera igualmente conveniente). El valor político de las posibilidades no está únicamente

en su novedad, sino también en la causa y las consecuencias concretas que esa novedad instituye. Y ellas nos remiten inevitablemente a lo colectivo: a la capacidad de una causa de movilizar y alimentar un proceso político colectivo; y a la puesta en juego de una mejor posibilidad sobre la vida en común (es decir, referida a lo de todos, no a lo de unos pocos).

Esta apertura de la posibilidad de la política a partir del reconocimiento y la vinculación subjetiva a una causa podríamos denominarla, en el vocabulario de la política, como politización. No se trata de la mera apertura de cualquier posibilidad, sino de una posibilidad en relación a una causa para la que no tenemos un saber que nos instruya definitivamente sobre el modo concreto de llevarla a la práctica. Y es que la política, en fuga o sustracción del saber, se levanta en una situación singular a partir del fracaso de éste para dar sentido o enfrentar esa situación. Y ahí donde el saber tropieza la política puede comenzar. Por eso para que haya política, hay que atravesar la experiencia de la inconsistencia del saber. Esto no significa que no haya saberes implicados en la política, pero estos se producen, se implican en ella como novedad situada (aunque se componga también con los retazos de lo que ya estaba antes).

Por esto conviene abandonar toda lectura técnica de la política, toda pretensión de entender ésta como la solución correcta a un problema definido de antemano (una buena solución final que ya estaría escrita en algún lugar que tenemos que encontrar). No hay un lugar, un Otro, que sepa cuál es la buena solución, no hay una satisfacción total o definitiva de una causa política. La política supone atravesar con coraje esta ausencia radical de garantías mediante un gesto de subjetivación, una toma de postura en situación que permita sostener y hacer viable esa práctica política concreta. Por eso podemos entender la politización como la subjetivación que emerge en el punto de (des)encuentro entre una causa y la apertura de su despliegue en una práctica política concreta. El sujeto de la política es entonces un resultado (de la politización y de la propia práctica política) que ocurre cuando aceptamos hacernos cargo de su causa. No debemos olvidar que esto sucede en un contexto colectivo, con otros y en relación a la vida en común. Por eso no cualquier subjetivación podría considerarse como politización, solo aquéllas en las que estaría en juego un conflicto sobre la vida en común y los modos colectivos de enfrentarlo.

Politicización, en definitiva, supondría abrir la posibilidad de hacer subjetiva una transformación del escenario de las posibilidades dadas (pasar de la impotencia ante lo que hay para hacerse cargo de la posibilidad de que ello no sea de otro modo); problematizando la situación establecida, señalando su contingencia, su carácter no obvio ni dado para siempre; poniendo en juego una causa que, en tanto que referida a los modos de vida en común, es compartida y puesta en acto junto con otros.

Podemos pensar como ejemplo y propuesta en la causa de la igualdad. Todos los sujetos estamos confrontados con lo imposible incurable y ello nos obliga al despliegue de nuestra capacidad para construir soluciones inacabadas. Esta misma condición existencial nos permite reconocernos como iguales en relación a la política: cualquiera puede ser capaz de ella, de hacer con lo imposible sosteniendo una causa común y de hacerse cargo junto con otros de sus consecuencias. Podemos considerar así la igualdad (de capacidades para la política) como causa, presupuesto y motor de nuestras prácticas políticas<sup>1</sup>. A partir de su afirmación y reconocimiento nos comprometemos con la construcción de sus consecuencias en la práctica: ¿tal o cual situación nos reconoce como iguales?, ¿nos permite desplegar nuestras capacidades políticas?, ¿favorece un mejor escenario de condiciones materiales para poder hacerlo?, etc.

Hoy se habla de desafección y de rechazo a lo que la política de los partidos nos ofrece. Pero el afecto que nos merece la mayor atención no es tanto el de la desafección (¿cómo no sentirte desafectado con la política de los partidos y las instituciones en Europa y en España especialmente?), sino el de la impotencia, la percepción de que no es posible hacer ni cambiar nada, que las cartas están marcadas y que siempre tomaremos de la baraja las que otros han elegido de antemano por nosotros.

Observamos diferentes maneras de responder a esta impotencia subjetiva: la retirada cínica de la política (sé que las cosas no funcionan bien pero, para salvaguardar mi posición, no voy a comprometerme), la postura relativista-nihilista (todas las posibilidades son lo mismo) o la confianza en algún tipo de solución total (refugiándose en alguna identificación nacional, racial, religiosa... que prometa una recuperación de la plenitud perdida y/o añorando alguna forma totalitaria que podría traernos un nuevo escenario de paz y armonía). En estas coordenadas, ¿es posible pensar algún tipo de política emancipatoria?, ¿una política que modifique real-

---

<sup>1</sup> Cf. Jacques RANCIÈRE, *El tiempo de la igualdad*, Barcelona: Herder, 2011.

mente las condiciones de lo posible, que pueda abrir nuevas posibilidades para una mejor vida en común?, ¿no nos queda más que aceptar que el orden hegemónico en nuestro contexto más cercano, el mercado y las elecciones, es el mejor/único de los posibles?, ¿cómo pensar una política que no vuelva a las viejas ilusiones de inmediatez y a los totalitarismos, pero que nos permita ir más allá de la totalización del escepticismo cínico, el relativismo o la impotencia?

El psicoanálisis nos ha invitado a reconocer que en las relaciones sociales hay algo que no encaja, algo para lo que no hay solución final alguna. Es imposible encontrar una regla, una fórmula o una receta definitiva que nos oriente sobre la mejor manera de vivir en común. No podemos encontrar un modelo político y social que garantice una armonía final. Tampoco podemos considerar que en la historia haya una lógica, un sentido último o unas leyes que puedan funcionar como un fundamento que debería expresarse, liberarse o desvelarse para alcanzar la emancipación.

Hemos tratado de mostrar cómo una política que tenga en cuenta esta imposibilidad puede evitar la impotencia o el cinismo sin caer en los brazos de las totalizaciones o la ingenuidades imaginarias sobre una sociedad completamente reconciliada (con sus correlatos subjetivos: el “alma bella” que va enfrentarse naturalmente al poder o que va a ver liberadas todas sus buenas potencialidades cuando éste desaparezca, o el individuo liberal atomizado y desvinculado del mundo que elige racionalmente lo que mejor le conviene). Para pensar esta política menos imaginaria y más realista hemos planteado una condición o un presupuesto: esa toma de postura subjetiva que hemos denominado politización.

No solo en la clínica psicoanalítica, también puede ocurrir en la política. En ella podemos pasar, a veces, de la impotencia a la imposibilidad sosteniendo una causa que nos compromete con lo de todos, inventando soluciones inacabadas e inacabables. Es un reconocimiento y una invitación. Podemos pasar de una política imaginaria, en la que pueden darse la mano idealizaciones totalizantes y concepciones ingenuas sobre la subjetividad a una práctica política que aunque advertida de algunas malas noticias no renuncia a la posibilidad de la emancipación como proceso político colectivo. No hay garantías, es un reto.